

## Tiempo Ordinario<sup>1</sup>

«Además de los tiempos que tienen un carácter propio, quedan 33 ó 34 semanas en el curso del año, en las cuales no se celebra algún aspecto peculiar del misterio de Cristo; sino más bien se recuerda el mismo misterio de Cristo en su plenitud, principalmente los domingos. Este período de tiempo recibe el nombre de Tiempo Ordinario.

El Tiempo Ordinario comienza el lunes que sigue al domingo posterior al 6 de enero y se extiende hasta el martes antes de Cuaresma, inclusive; de nuevo comienza el lunes después del domingo de Pentecostés y termina antes de las primeras Vísperas del domingo I de Adviento» (NU 43-44; E 4295-4296).

El llamado Tiempo Ordinario se puede decir que es una novedad de la reforma posconciliar. Antes había una serie de «domingos después de la Epifanía» y otra de «domingos después de Pentecostés». Ahora es una única serie con una cierta unidad a lo largo del año. Sobre todo, hay un elemento que le da unidad: el Leccionario. El de los domingos, dividido en tres ciclos (con «el evangelista del año»), y el de los días feriales, en dos. Esta lectura semicontinuada de la Biblia convierte al Tiempo Ordinario en la mejor escuela de fe para la comunidad cristiana.

El nombre de Tiempo Ordinario no es muy feliz: también se le llama «tiempo durante el año», en latín «tempus per annum», y antes, popularmente, «domingos verdes». Lo de «ordinario» no tendría que interpretarse como «poco importante» o «anodino». Se quiere distinguir así de los «tiempos fuertes» que son el ciclo de Pascua y el de Navidad, con su preparación y su prolongación.

Pero el Tiempo Ordinario tiene su gracia particular. En rigor es el tiempo más antiguo en la organización del Año cristiano -la sucesión de los domingos y de las semanas, antes de que fueran surgiendo los varios ciclos-, y que además ocupa la mayor parte del año (treinta y tres o treinta y cuatro semanas, de las cincuenta y dos). Este tiempo presenta valores que no se pueden olvidar: nos ayuda a ir viviendo el misterio de Cristo en su totalidad; nos acompaña en la tarea de crecimiento y maduración de lo que hemos celebrado en la Navidad y en la Pascua; pone en evidencia la primacía del domingo cristiano; nos ofrece la escuela permanente de la Palabra bíblica; y nos hace descubrir la gracia de lo ordinario: la vida cotidiana vivida también como tiempo de salvación.

---

<sup>1</sup> José Aldazábal, *Vocabulario Básico de Liturgia*, biblioteca litúrgica 3, Barcelona 2002<sup>3</sup>. Pág. 391-392.